



Querido peregrino:

Santa Thérèse de Lisieux nos ofrece una visión de la esperanza que no se basa en la certeza, sino en la confianza. Para ella, la vida era una peregrinación del corazón—un camino invisible recorrido con fe, donde incluso el silencio y el sufrimiento se convertían en lugares de encuentro con Dios. Creía que la santidad no consistía en grandes logros, sino en amar profundamente en los momentos ordinarios.

A través de la oración, el sacrificio y una confianza infantil, Thérèse vivió en solidaridad con quienes la rodeaban, especialmente con los olvidados y los lejanos. Su “caminito” nos enseña que los actos más pequeños de amor tienen un alcance mucho mayor de lo que podemos imaginar.

La esperanza, en su visión, no era un sentimiento, sino una decisión: rendirse a la gracia, creer que la luz del amor de Dios la guiaría en medio de cualquier tormenta. En su vida y legado, Thérèse nos invita a seguir avanzando en la fe, juntos, hacia la orilla que nunca se desvanece.



PARA THÉRÈSE, LA CRUZ
NO ERA EL FINAL, SINO LA
PUERTA HACIA LA VIDA.



ocarm.org



Carmelites

Curia Generalizia dei Carmelitani
Via Giovanni Lanza, 138
00184 Roma, Italia

 seggen@ocarm.org

Con agradecimiento al P. Simon Nolan, O.Carm., por la preparación del texto.



Design by Matthew Price: Transformation by Design | transformationbydesign.au

SANTA THÉRÈSE
DE LISIEUX:
HERMANA
PEREGRINA EN
LA ESPERANZA



La Visión del Peregrino: Navegando hacia la Orilla Eterna

Thérèse de Lisieux utilizaba con frecuencia la imagen de un barco para describir su camino espiritual. Cuando era niña, tuvo una epifanía impactante mientras contemplaba el mar durante unas vacaciones en Trouville-sur-Mer. Observó los rayos dorados del sol formando un sendero luminoso sobre el agua y lo comparó con la gracia de Dios guiando la pequeña barca de su vida hacia el cielo. Esta imagen se convirtió en un símbolo central para ella: un viaje a través de las aguas de la fe hacia la “orilla eterna”.

Esta visión nos recuerda que la peregrinación de la vida no siempre es serena. La esperanza de Thérèse estaba firmemente anclada en Cristo, incluso en medio de las tormentas más intensas. **“La vida es tu barca, no tu hogar”**, escribió, expresando la comprensión cristiana de la vida como un tránsito, con el cielo como el verdadero destino.

Esperanza en Medio de las Pruebas

El camino de Thérèse no estuvo exento de turbulencias. Su “pequeña barca” enfrentó muchas tormentas: el dolor por la muerte de su madre, la enfermedad y largos períodos de sequedad espiritual. Sin embargo, se aferró a la esperanza, incluso cuando la “niebla” de la duda oscurecía su visión de la orilla eterna. En esos momentos, Thérèse confiaba en que Jesús estaba presente en su barca—aunque, como en el Evangelio, pareciera estar dormido durante la tormenta.

Esa confianza la sostuvo. La esperanza, para Thérèse, no era sentimentalismo ni ilusión. Estaba arraigada en una profunda dependencia de la presencia de Dios en los momentos ocultos y dolorosos de la vida.

La Peregrinación del Corazón

La correspondencia de Thérèse con el misionero Maurice Bellière la revela como una hermana en la esperanza. Aunque estaba confinada a su lecho de enferma, lo acompañaba espiritualmente durante su peregrinación a Lourdes. Escribió: **“Te enseñaré a viajar... por el mar tempestuoso del mundo: con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo ama y no puede dejarlo solo en la hora del peligro.”**

Para Thérèse, la peregrinación era más que un viaje físico: era una travesía del corazón, modelada por el abandono, el amor y la confianza de un niño. Comprendía que nuestro viaje más profundo es interior: un movimiento hacia Dios, incluso cuando el camino permanece invisible.

El Camino Común: Solidaridad y Hermandad

Thérèse reconocía que su camino estaba profundamente conectado con el de los demás. Aunque vivía recluida en el Carmelo, su amor abrazaba al mundo—especialmente a los misioneros, a los pobres y a quienes luchaban por creer.

En el espíritu carmelita de intercesión, unía sus oraciones y sufrimientos a las necesidades de la Iglesia y del mundo. Su “caminito” nunca fue un camino aislado; era una ofrenda de solidaridad y servicio oculto.

La espiritualidad de Thérèse abarcaba tanto la inmensidad como la sencillez. Se sentía atraída por la belleza de las montañas y los lagos, pero también encontraba maravilla en el silencio de la vida en clausura. Ambos la abrían a Dios y profundizaban su anhelo del cielo.

THÉRÈSE CONFIABA EN QUE JESÚS ESTABA PRESENTE EN SU BARCA—AUNQUE, COMO EN EL EVANGELIO, PARECIERA ESTAR DORMIDO DURANTE LA TORMENTA.

Peregrina de la Cruz: Anclada en la Esperanza

Para Thérèse, la cruz no era el final, sino la puerta hacia la vida. En su enfermedad final, cuando todo parecía oscurecerse, ella siguió esperando. **“Jamás dejé de esperar contra toda esperanza”**, escribió. Su confianza no se basaba en emociones, sino en el amor inquebrantable de Dios.

Su sufrimiento—tanto físico como espiritual—se convirtió en un camino de entrega más profunda. Como un ancla en la tormenta, su fe permanecía firme. No veía el sufrimiento como un castigo, sino como parte del camino, que siempre apunta hacia la resurrección.

La cruz, abrazada con amor, se convirtió en su brújula hacia la orilla eterna.

Una Llamada a la Peregrinación

Todos somos peregrinos en el mar de la vida, navegando tanto en la calma como en la tormenta. Thérèse nos muestra que la fe no se trata de perfección, sino de confianza—confianza en un Dios que nunca nos abandona.

El Papa Francisco nos recuerda: **“La esperanza es audaz; sabe mirar más allá de la comodidad personal... y abrirse a los grandes ideales que hacen la vida más bella y digna.”** (*Misericordiae Vultus*, 2015)

Thérèse de Lisieux refleja esta confianza en Dios cuando escribe:

“No tengo miedo de viajar por el mar de la vida, porque un gran piloto guía mi pequeña barca: es Jesús.”

Historia de un Alma, Capítulo IX)

Como Thérèse, permitamos que Cristo guíe nuestras pequeñas barcas. Caminemos en la fe, en el amor y en la solidaridad mutua. Y al navegar, mantengamos los ojos fijos en la orilla eterna y el corazón anclado en la esperanza de la Cruz.